





**Álvaro García**



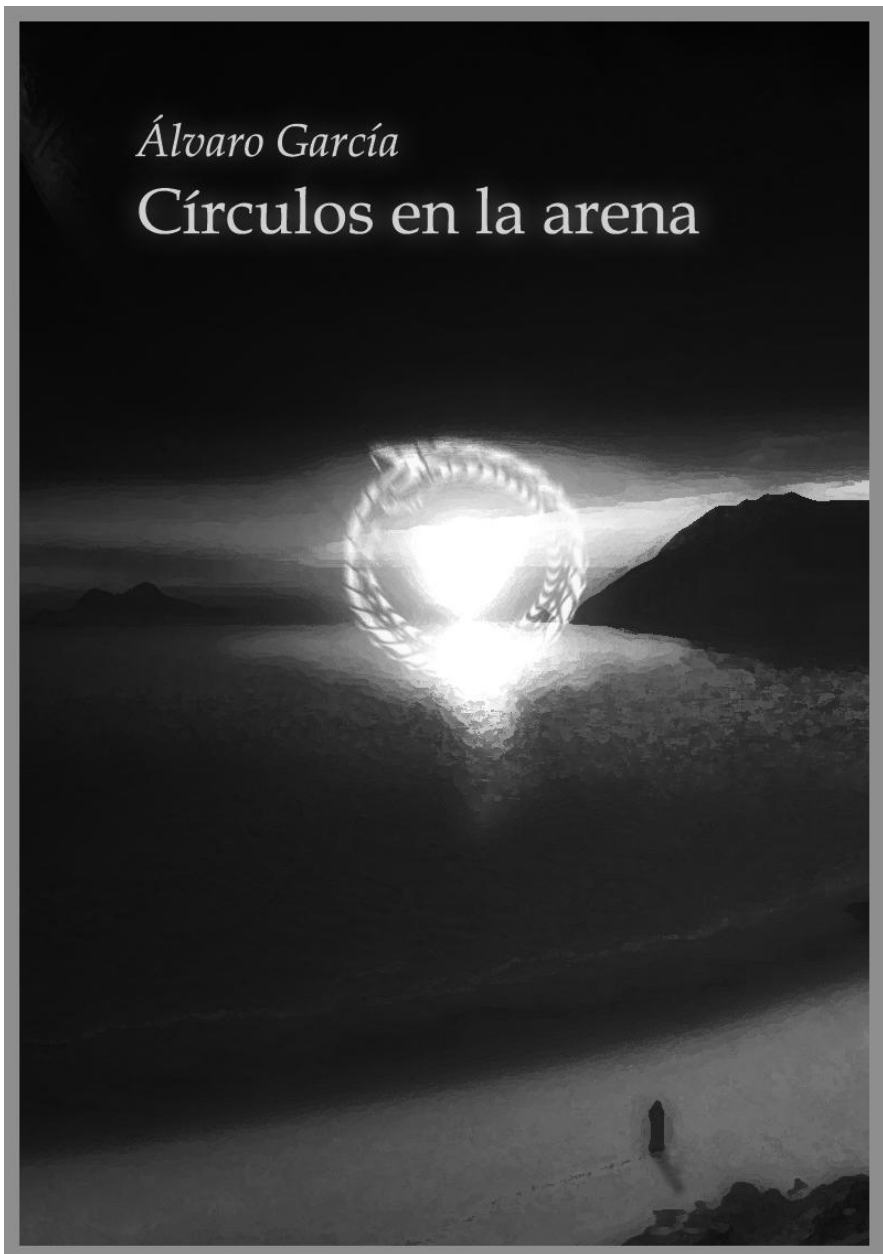
*Nació el año 1987 en Madrid. Desde pequeño se dedicó a muchas facetas artísticas: Dibujo, música, audio-visuales, poesía y actualmente narrativa.*

*Está al cargo del blog donde escribe: [www.sincandado.wordpress.com](http://www.sincandado.wordpress.com) y fue ganador del XIV Certamen de creación literaria en la categoría de poesía en el 2006, Madrid.*



*Álvaro García*

# Círculos en la arena





*Círculos en la arena*

Álvaro García

# Círculos en la arena

[www.sincandado.wordpress.com](http://www.sincandado.wordpress.com)

*(Borrador) 29-Mayo-2009*



## **Prólogo**

Llegó la noche con un frío seco y voraz, que empujado por el viento atravesaba mi abrigo, endureciendo todos los músculos de mi cuerpo. Intentaba caminar encorvado para conservar el poco calor de mis músculos. Muchos edificios estaban dañados, sino derrumbados. Todo estaba lleno de polvo, que emanaba de los escombros como el humo de un volcán, lo cual irritaba mis ojos y me provocaba algún estornudo desagradable.

Debían de ser las doce de la noche cuando me crucé con el grupo principal. Se les veía bien preparados: linternas, tiendas de campaña, coches repletos de agua y alimento, bicicletas e incluso alguno iba provisto con machetes y armas de fuego. Volvían a ser los animales primarios de las cavernas, luchando por su supervivencia, atentos a cada luz, cada sombra, cada sonido, cada silencio, puesto que su preferencia ya no era tener un buen sueldo, subir de puesto, divorciarse, llamar la atención o cuidar más su estética; era la de sobrevivir por encima de todo.

Saliendo de la ciudad se podía ver la gran destrucción de la misma echando la vista atrás, y como la aurora boreal, con sus decenas de tonalidades brillantes, jugaba cierto papel con sabor a esperanza, a un nuevo amanecer. El humo no obstante, ascendía desde los edificios y rascacielos trazando sinuosas columnas, penetrando en la atmósfera y fusionándose con las propias nubes.

La otra cara de la moneda se situaba delante, donde quedaba un largo camino por recorrer: el camino de la esperanza. Iba a ser el peregrinaje de mi vida, un peregrinaje sobre una tierra embravecida, con ganas de cambiar, evolucionar y acoger a sus nuevos hijos.

A los lados... a los lados se encontraban mis camaradas, cientos de desconocidos que apostaban por el cambio, abandonando a modo de sacrificio sus hogares y raíces, motivados por una intuición que penetraba en sus corazones.

Y yo... Yo sólo soy otro loco, de esos que apuestan por los caminos difíciles, por el miedo al cambio y la incertidumbre de lo

desconocido. Un loco, sí... pero un loco empujado por la mayor de las fuerzas que ha existido, existe y existirá en el universo: El amor.

Pues el amor es más de lo que nos contaron, es más de lo que hemos conocido, es más de lo que jamás conoceremos desde nuestro ególatra punto de vista antropocéntrico. El amor nada tiene que ver con el apego, la aferración, el conformismo y acomodamiento. El amor es una fuerza salvaje, imprevisible, dinámica, indómita, una energía que no puede ser contenida por un vocablo, no puede ser dominada por una mente, ni comprendida por una raza. Amor fue lo que creó el Universo, amor es lo que hace la hierba crecer, amor es lo que mueve las estaciones.

Amor... amor es cambio, y yo... acompasado al ritmo del planeta, estaba cambiando.



◆◆◆PRIMER EPISODIO◆◆◆

**1. El Señor Wang**

*Dos semanas antes al Gran Cambio...*

Otra vez me desperté en mitad de la noche, impregnado por una incómoda sensación de extrañeza... Me levanté para beber agua y tomar un poco de aire fresco.

Fue curioso ver como en la oscuridad, lo que suponía un sencillo trayecto por el pasillo de mi casa, se convertía en un tortuoso y macabro laberinto. Todo resultaba muy premonitorio, las estatuillas de inspiración maya se tornaban siniestras, la poca luz entrante desde el salón incidía sobre uno de esos místicos cuadros que me regaló el Señor Wang. Las distancias se alargaban y caminaba con los brazos extendidos por miedo a chocarme con alguna puerta.

Finalmente llegué a la cocina y encendí la luz. Tras refrescarme me asomé por la ventana para observar ese paisaje tan conocido por mi retina: Madrid sumergido en la oscuridad. Pensaba no pocas veces, cómo sería volver a esa época en la que no existía la electricidad, el combustible o las ondas. Una era sin relojes, sin precisión atómica, en la que todo sería forzosamente más intuitivo, natural y espontáneo. Si Madrid se mantuviese así de apagada constantemente ¿Sobreviviría su población? ¿O enloquecería y se sumiría en un caos, descontrol, y diezma? Quién sabe...

No podía dejar de sentirme atraído por esta idea, y ya suponía un ritual para mi contemplar dicha penumbrosa panorámica cada vez que me desvelaba por la noche...

Tras fantasear un rato por mi alternativa onírica de la realidad, logré dormirme un par de horas más.

Si mal no recuerdo, una semana antes fui a recoger el cuadro que encargué al Señor Wang. La verdad, es que no soy un experto en

caligrafía china y pensamiento oriental, pero su particular forma de ver la vida y plasmarla artísticamente siempre me llamó la atención.

Wang trabajaba en una tienda de alimentación, no obstante, en la planta superior ejercía clandestinamente como pintor, poeta, escritor, escultor e incluso pensador. Subir allí arriba era como retroceder en el tiempo y desplazarse en el espacio, una especie de China arcaica y filosófica... Paredes llenas de ideogramas sobre los papiros y maderas, estatuas de emperadores Chinos (entre ellas el imponente general Guan Yu empuñando su gigantesca espada) y una amplia colección de libros apilados arbitrariamente, los cuales me despertaban mucha curiosidad.

– ¿Tienes ya mi cuadro? –Le pregunté gritando desde abajo.

–Sube, quiero enseñarte algo.

Eran las nueve de la noche y apenas una lucecilla proveniente de la bombilla del techo iluminaba este zulo artístico. Wang parecía algo inquieto y nervioso.

– ¡Mira, mira! El mismo dibujo –Me decía en su poco dominado español mientras me señalaba una especie de símbolo de uno de sus polvorientos libros. – ¡La serpiente! ¡La serpiente se repite!

–Tranquilo Señor Wang –Intenté calmarle apoyando mi mano sobre su hombro–. ¿Qué ocurre con esa serpiente?

– ¡Se repite! ¡Se repite!

– ¿Cómo que se repite? ¿Que aparece en otro libro quiere decir? Bueno, ¿Y qué tiene eso de extraño?

– ¡No! ¡No lo entiendes! ... ¡Olvidalo! Eres muy joven para entenderlo, ¡Tú tienes que crecer! ¡Tú solo ves con los ojos! – Respondió malhumorado el Señor Wang–. Ahí está tu cuadro, ¡Cógelo y vete!

No sabía si intentar sacarle información o irme sin soltar palabra. Me quedé por un instante hipnotizado con ese dibujo, ciertamente tuve la sensación de haber visto esa serpiente retorcida en algún otro lugar. Finalmente, viendo su estado de ánimo, resolví coger el cuadro y hablar con más calma en otro momento.

Esa misma noche llegando a mi casa me crucé con Noa, que parecía irse a trabajar, pues era viernes y aprovechaba los fines de semana para poner copas en un garito céntrico llamado “La Oca”. La verdad, es que sentía cierta sensación de malestar con sólo pensar en la panda de borrachos que estarían toda la noche piropeando y cortejando a esta idílica chica. Me di cuenta de que iba con prisa, así que creo que los dos evitamos el saludo aparentando no habernos visto.

–Otra oportunidad perdida –Pensé mientras entraba en el portal.





## **2. Las cartas**

*“Germán, sé que llevas meses sin noticias mías, pero ya me conoces; prefiero tener algo interesante que contar, antes que escribirte en todas las cartas lo mismo.*

*Pues bien, encontré en una de las bibliotecas de Heliópolis un antiguo relato que estoy deseando que leas. Lo he traducido, dice así:*

*>>La Isla comenzó a temblar como si el centro de la tierra se estuviese retorciendo. No causaba destrozos estructurales, pero sus vibraciones, provenientes de las profundidades, penetraban hasta en los corazones más endurecidos.*

*Leukippe, bisnieta del rey, montó sobre el lomo de su caballo blanco de un salto y se dirigió hacia el Norte, en busca de sus dos hermanos pequeños, pues temía por sus vidas.*

*Todos se asomaron por las azoteas y balcones para observar un espectáculo de nubes cobrizas y cielos anaranjados. Sin embargo, eran pocos los que huían de sus hogares, de hecho, sus rostros permanecían serenos a pesar de los repetidos, mas leves por el momento, temblores de tierra.*

*Pero Leukippe, la bella jinete de la aldea menor del Sur, tenía información privilegiada de sus amantes, hombres influyentes, a los cuales no creyó en su momento. Aquellos hombres hablaban de cambios, de destrucción, de una nueva era.*

*Fue el olor a ceniza, lo que le hizo comprender, que algo catastrófico iba a pasar en cualquier momento. No había tiempo que perder, y su obligación era la de proteger a sus hermanos, que seguramente se encontraban internados en la escuela de música del maestro Annukis, muy al Norte de donde ella se encontraba.*

*Su caballo alcanzó una velocidad vertiginosa e iba dejando una estela de polvo a su paso, enojando a los granjeros que deambulaban por sus cosechas, ensimismados con el cuadro abstracto que les estaba otorgando el dantesco cielo.*

*Justo antes de que el último rayo de sol desapareciese tras la línea del mar, empezaron las brutales sacudidas. A pesar de la oscuridad del cielo, las nubes poseían cierta incandescencia con la que iluminaban los edificios de un tono azulado. Era un presagio acertadamente crepuscular, y Leukippe aún se encontraba a una larga distancia de sus dos hermanos.*

*La gente enloqueció, corrían desesperados intentando buscar una salida entre los endiablados bamboneos de la tierra. Gritaban, corrían, lloraban, se caían al suelo y suplicaban piedad a los Dioses, golpeando sus nudillos contra él.*

*El suelo se resquebrajaba provocando gigantescas grietas hacia el vacío, como si las termitas estuviesen devorando su interior. El corazón de la Isla latía con tanta agresividad, que emitiendo un sonido semejante al de las ballenas, era capaz de romper bloques de piedra, columnas, casas e incluso las murallas que protegían la ciudad central.*

*Leukkipe sorteaba con agilidad a los pocos supervivientes moribundos. Mas desconsolada, bajó del caballo llorando, consciente de que a estas alturas los infranqueables desniveles del terreno sólo le permitirían luchar por su vida. Era demasiado tarde.*

*–Tuve que creerlos, ¡Debí haber escuchado sus advertencias! ¡No podré perdonar mi soberbia jamás! Si la sangre de mis hermanos yacerá en esta Isla por mi culpa, que yazca también mi culpa junto a ellos.*

*Y el agua inundó los ojos de Atlas, su boca y su corazón. Sólo quedo vacío tras la “Gran Ola”. <<*

*Quiero que sepas hijo mío, que tu madre se sintió un día, como se sintió Leukkipe hace miles de años. Ella nunca nos abandonó, simplemente no fue capaz de sentir las señales de su camino, y justo cuando vio venir el peligro, era demasiado tarde como para salvarte, y salvarse a ella misma...*

*Te quiere. Papá.”*

—Esta es una de las cartas que me envió mi padre en su viaje por Egipto —Le explicaba a Wang, quien no parecía prestarme mucha atención puesto que estaba concentrado pintando pequeñas miniaturas de animalitos de madera—. ¿Sabes qué? Podía pasarse meses sin escribirme, pero cuando lo hacía, era para aportar algo nuevo y útil. La verdad es que no es una persona de aquellas que saben quedar bien con la gente; selectivo con sus amistades, con un aire de superioridad, desinteresado en apariencia... No se preocupa de si hace las cosas bien o mal, simplemente las hace, y en mi caso, sabe cómo acertar. Supongo que esta faceta suya la he heredado, y si te soy sincero, me ha sido de gran utilidad, pues puedo discernir entre aquellos que quieren algo a cambio de mi y aquellos que a pesar de no mantener un contacto constante, el día en el que ocurra una situación extrema, estarán en primera de línea de fuego protegiendo mi vida.

Me vinculo con la gente no a través de la galantería, sino a través de un “pacto de fe” que no se transmite con palabras. Pero supongo que todavía se tiene la idea, de que sólo merecen la pena aquellos que cuecen a fuego lento en bares, discotecas y parques, la supuesta amistad. Más tarde, aquellas personas con las que te has corrido las mejores juergas te apartan la mano, tendiéndotela sorpresivamente antiguos conocidos, de los que perdiste el contacto hace tiempo. Así es la vida, sorprendente e imprevisible... ¿Para qué quedar bien entonces? —En ese mismo instante, Wang giró su cabeza levemente para dedicarme una sonrisa cómplice—. Mi padre sabía lo que se hacía —Añadí.

Wang no tenía muchas ganas de hablar, y seguía con sus quehaceres sin prestarme atención.

—Me estoy dando cuenta de que cada vez acudo más a estas cartas, estos pequeños relatos épicos que mezclan la ficción con la realidad. No sé, pero mi vida se está enfriando más y más, mutando

en una especie de cuadro gris, estático, tenue y sin mucho contraste. Cansado de esta rutina busco refugiarme en estos textos, en las aventuras de mi padre o leyendo libros en mi horario de trabajo.

Tengo la sensación interna de que o algo cambia en mi vida, o acabaré cambiándola yo. ¿Un viaje tal vez?... No, no sabría ni a donde ir. ¿Hablar con Noa?... No creo que fuese capaz de mantener una conversación con ella, sin meter la pata en menos de diez segundos. Realmente, me siento estancado por un lado, y con ganas de evolucionar por el otro, y esta contradicción sólo la se suplir leyendo y leyendo, pero sin mover un pie de casa, claro está. Supongo que esta ansiedad es el motivo de que siempre me esté despertando por la noche.

–Necesito dar un paseo.

Me levanté de la silla para irme. Creo que Wang ni se percató de que me estaba ausentado, no obstante, tampoco hizo mucho caso de mi presencia. Desde luego, era una persona que sabía escuchar, o en su defecto, que sabía aparentar escuchar.

–Cuando cambias tu forma de ver las cosas, las cosas que ves... Cambian –Fue lo único que me dijo, justo antes de salir por la puerta.

Aún quedaba una hora de Sol y la calle estaba repleta de gente dirigiéndose hacia quién sabe qué lugar o con qué cometido.

¿Qué problemas tendrán en sus vidas? -Me preguntaba-. ¿Padeecerán la misma rutina que sufro yo? ¿O estarán embarcados en algún proyecto emocionante? ¿Habrán hecho locuras por amor? ¿Habrán conocido la muerte de cerca? ¿Habrán sido los hombres más felices del planeta en algún instante de su existencia? ¿Habrán perdido a un familiar cercano?

Hubiese deseado parar a cualquiera de esas personas, saludarla, y preguntarle por su vida, sino fuera porque me bloqueaban los prejuicios.

Siempre nos enseñan desde pequeños que tenemos que proteger nuestro círculo, y evadir todo aquello que venga del

exterior, todo aquello que sea distinto, extraño o nuevo. Pero si lo pones en la balanza, es más absurdo saludar a un vecino del cual solo conoces de su vida, lo que te da tiempo a hablar con él en el ascensor, que saludar a un desconocido que te mira fijamente a los ojos, intentando expresar algo en una especie de vínculo telepático... Por desgracia, uno de los dos acabará agachando la cabeza, desperdiciando una oportunidad, y siendo muy probable que esas dos almas estuviesen destinadas a encontrarse.

De pronto, penetró como una aguja sobre mi mente, las recientes palabras de mi amigo Wang: "Si cambias tu forma de ver las cosas, las cosas que ves cambian".

—Si fuese capaz de romper esta superficie de hormigón... de derrumbar todo prejuicio de mi subconsciencia... de abrir paso a mi energía interna, mi luz; la voz incesable que me propone cambiar, que me incita a quebrar alguna ley moral, algún protocolo establecido, alguna norma social... —Meditaba mientras descansaba las piernas en uno de los bancos de la calle—. Si fuese capaz... Si fuese capaz...

Paulatinamente, el murmullo del barrio iba desapareciendo. Se empezaron a encender las primeras farolas. Y un hombre, de unos sesenta años, con una barba con la que escondía sus gestos y una mirada perdida, se sentó a mi lado izquierdo.

—Voy a tocarte una canción que sé que te gustará, lo he visto en tu mirada —Dijo el desconocido.

De una funda sacó una guitarra española, cruzó su pierna derecha sobre la izquierda, y empuñando el mástil empezó a tocar la canción renacentista, de autor anónimo, "*Greensleeves*".

En el acto, se me puso la piel de gallina, y un nudo en la garganta me cortó la respiración. Era la canción favorita de mi padre: una inspiradora melodía, cuya letra hablaba de un hombre enamorado de una mujer, siendo este amor poco correspondido.

— ¿Me conoce de algo señor? —Le pregunté atónito cuando la última nota dejó de sonar.

—Sí que nos conocemos, pero no de un modo tradicional.

–No le entiendo, ¿A qué se refiere con eso de “tradicional”?

–No creo que lo comprendieses chico. Lo importante ahora es que nuestros caminos se han cruzado, y que el sonido de esta guitarra, ha hecho vibrar una de tus numerosas fibras sensibles.

–Pero... ¡¿Cómo sabía usted mi conexión con esa canción?!

–Ya te lo dije, chico, me lo ha chivado tu mirada –Afirmó rotundamente–. No te obceques más.

El viejo no soltó una sola palabra que dispase mis dudas. Un silencio sepulcral protagonizó los siguientes minutos, hasta que finalmente me miró a los ojos y me dijo:

–Es hora de que nos vayamos a cenar, ¿No crees? Si el destino quiere nos volveremos a encontrar, es mejor que tu ansia no fuerce las cosas.

Poseía una mirada grisácea, casi etérea, que hacía subir el pulso de cualquier mortal. Sus ojeras delataban a un hombre nocturno, de vicios ocultos e historias que no deben ser contadas. Por otro lado, los surcos de su piel inspiraban confianza, como si se tratase del entrañable abuelo ideal, que siempre tiene una historia fascinante que contar.

El viejo metió la guitarra en su funda y se fue sin más. No supe que decir ni cómo retenerle, aún me sentía afectado emocionalmente por aquella transcendental canción, que escuchaba emanar de la guitarra de mi padre, desde que era un crío.

Y así, el vagabundo sin nombre, desapareció entre los edificios del barrio.

Cuando subí a casa tuve la sensación de haber atraído esa circunstancia, a través de mi pensamiento. Llevaba meses sin conocer a nadie nuevo y de repente, sin previo aviso, un extraño ser toca para mí, la canción favorita de mi padre.

Tal vez buscaba fuera, un problema que tenía dentro, y pretendía solucionarlo quejándome de mi trabajo, de mis amigos, de mi sueldo, de mi familia y de la vida que me tocaba vivir. Paradójicamente, cuanto más protestaba, más dosis de apatía penetraba de alguna manera en mi vida. ¿Pero ese día? Ese día iba a

ser mi punto de inflexión, el día en el que pude girar el timón y romper con la línea recta de mi rutina. Aquel encuentro con el viejo no fue casual, fue fruto de mi deseo, cambié las cosas que veía, cambiando mi forma de verlas, sembrando fe en el cambio.

Sin embargo, algo pasó esa misma noche que me conmocionó, y me separó de esta corriente de buenas sensaciones.

Al encender la televisión, me di cuenta de que en varios canales se estaban emitiendo noticias de última hora. No logré enterarme bien de lo ocurrido hasta que mostraron las primeras imágenes.

Se podía ver una densísima y voluminosa nube de humo gris expandiéndose por las calles de una ciudad, no sabía cuál.

–Aquí tenemos las imágenes de otro de los accidentes – Informaba el presentador–. Se especula con que pudo ser otro satélite que se salió de órbita y atravesó nuestra atmósfera, sin embargo el gobierno de Francia aún no se ha pronunciado al respecto. Con esto ya son cuatro los accidentes de los que tenemos constancia: Dos en Canadá, otro en el océano Índico y éste último en Lyon.

Me hubiese gustado compartir esta noticia con otra persona, pero vivir sólo, implica no poder contrastar ninguna de tus suposiciones o ideas. Opté por irme a la cama e informarme con más detalle en los titulares matinales, pues las imágenes de las que disponían no eran muy clarividentes por el momento.

Antes de dormirme, encendí el flexo para leer otro de los pequeños relatos, que mi padre aceptaba como historias verdaderas:

*“El viento rugía entre las dunas de arena. El cielo se oscurecía presagiando un nuevo cambio. Del mar, emergían centenares de seres desconocidos. No parecían violentos, pero sus extravagantes vestimentas causaban intimidación. Dijeron que venían del océano, que eran consciencias superiores con el legado de una civilización perdida. Nos ofrecieron sus conocimientos a cambio del vientre de nuestras mujeres. En un principio nos mostramos reticentes, pero*

*pasado un tiempo nuestras razas se mestizaron, y en consecuencia, evolucionamos. Eran deidades, dioses surgidos de las aguas, influenciados por Orión. Eran nuestros guías; las noches se convirtieron en cultivo para los sueños, y los días en frutos para la carne.”*



### **3. Noa**

Era un domingo húmedo y caluroso, las nubes embotaban el ambiente y los tonos grises y densos lo convertían en un día pesado, además de empalagoso. Opté por no encender el televisor y aprovechar la mañana yéndome a pasear por el *parque del retiro*<sup>1</sup>, ya que empezaba la *feria del libro*<sup>2</sup> en el mismo.

Olvidé por completo las noticias de la noche anterior, hasta que me metí en el *metro*<sup>3</sup> y me fijé en el titular de uno de esos periódicos gratuitos, que sostenía una chica bastante atractiva.

“Ocho satélites impactan con la tierra. El pentágono no presta declaración” –Rezaba el titular bajo una foto de uno de los satélites hecho añicos.

Supuse que no había que lamentar ninguna muerte, puesto que de ser así, el titular hubiese tendido a ese tipo de sensacionalismo.

El trayecto en el metro se hacía interminable, así que empecé a jugar con las miradas de aquellas chicas que me parecían atractivas. Desde que me crucé con aquel vagabundo me veía capaz de cambiar cualquier circunstancia, de atraer a más gente interesante. Para mi pesar casi todas acababan mirando al suelo en menos de cinco segundos, literalmente. Menos una, que hasta incluso me dedicó una sonrisa, pero el destino fue caprichoso y las puertas del tren se abrieron, era mi parada.

El parque del retiro estaba a rebosar de gente: lectores, escritores, amantes del cómic, familias con sus hijos, y los habituales patinadores, ciclistas y otros deportistas.

Buscaba entre las distintas casetas alguna cuya temática literaria fuese Egipto y las civilizaciones antiguas.

1. Parque céntrico de la ciudad de Madrid
2. Feria que se realiza en el parque del retiro una vez al año, en esta feria las editoriales exponen sus libros y los venden a plena luz del día.
3. Red de transporte público de trenes de Madrid

Tras recorrerme de arriba abajo el extenso parque, abriéndome paso entre la agobiante multitud, logré hallar un puesto donde vendían libros sobre civilizaciones antiguas.

Cogí uno que se titulaba “Hermes Trismegisto: kybalion” y me propuse leer su sinopsis, cuando una voz me dispersó de ello.

– ¡Vaya! ¡Vecino! No sabía que te interesase este tipo de temáticas.

El cuerpo rasgado de esa voz dilató mis tímpanos. Era una voz ligeramente ronca, como si se tratase de una cantante de jazz, pero sin perder un ápice de feminidad. Me provocó una excitación emocional, y a pesar de haberla escuchado pocas veces, supe que era ella.

– ¡Noa! ¡Vaya sorpresa!... –Admití intentando camuflar mis emociones mientras posaba el libro– Yo tampoco esperaba encontrarte por aquí ¿Qué tal?

–Muy bien, como puedes ver, rebuscando entre tanto libro algo de provecho. ¿Te gustan los egipcios verdad?

–Bueno, más o menos. Mi padre es arqueólogo y siempre me hablaba de ellos, no puedo evitar cierta predilección –Le expliqué.

–Ya veo... a mi me fascinan todas las civilizaciones antiguas, tanto las que conocemos, como las que la ciencia aún no ha reconocido – Afirmó Noa.

Me costaba concentrarme en lo que me decía, pocas veces tuve a Noa tan cerca; quizás en el ascensor cuando coincidíamos en el portal. Pero, ¿Quién mira a los ojos dentro de un ascensor?! Ahora la tenía a escasos palmos de mi rostro, y desbordaba una energía y viveza impresionantes.

–Dime Germán ¿Cuál piensas que es la civilización más antigua de todas? –Me preguntó Noa.

–Que yo sepa, debió ser la egipcia –Contesté.

– ¿Eso crees en serio? ¡Ja ja ja! Deberías desde luego, leer más– Me achacó con cierto aire de superioridad.

– ¿Ah no? Entonces, ¿Cuál fue la primera civilización? Dime.

–Pues no lo sé Germán –Contestó Noa–. Lo que tengo muy claro es que la historia no es como nos la cuentan, y que poco a poco las evidencias van saliendo a la luz. Para empezar, la primera civilización reconocida por los historiadores es la sumeria, no la egipcia. Sin embargo, los avanzadísimos conocimientos sumerios sobre astrología, y los diversos relatos dentro de las tablillas sumerias, donde narran insistentes la desaparición de una raza avanzada tras un gran diluvio, me hacen pensar que tampoco ellos fueron los primeros. Es probable, que los supervivientes de una civilización anterior, fuesen los futuros guías o líderes de los egipcios, sumerios y mayas, y estos, fuesen adorados como los dioses que hoy conocemos. Esto explicaría muchas cosas a las que la arqueología no encuentra respuesta... pero no quiero aburrirte más.

– ¿Aburrirme? ¡En absoluto! Ni de lejos podría imaginar que supieses sobre civilizaciones antiguas.

– ¿Cómo?... Ah, ya entiendo. Piensas que como trabajo en sitios de mala muerte poniendo copas, no tengo capacidad para pensar.

En aquel momento me puse pálido, dándome cuenta de que había cometido un error.

– ¡No, no! Quería decir que es difícil encontrar a alguien que se plantee las cosas de una forma distinta, no quería ofenderte.

– ¿Ofenderme? Para que me puedas ofender, me tendría antes que exponer, cosa que no suelo hacer a menudo, así que no te preocupes.

Al mirar su rostro, intuí que era mejor guardar silencio, a modo de autocastigo.

– ¡Deja de poner esa cara! se nota que no estás acostumbrado a tratar con mujeres.

–La verdad, es que no estoy acostumbrado a tratar ni con personas –reconocí.

–Pues ya va siendo hora de que cambies tu forma de ver las cosas, ¿No crees?

– ¡Ja ja ja! No me lo puedo creer...

– ¿Qué ocurre? ¿De qué te ríes? –Me preguntó desconcertada.

–Pues de que no eres la primera persona la cual me propone cambiar mi forma de ver las cosas, desde luego, no dejan de pasarme coincidencias.

–Bueno Germán, tal vez no sean coincidencias, sino señales.

–Ya... Bueno... Es muy bonito eso que dices, pero de nada me sirve estar rodeado de señales, sino comprendo el código de circulación.

Logré que la boca de Noa sonriera con una naturalidad pasmosa, parecía un ángel que venía a rescatarme de mi tediosa vida.

– ¡Yo puedo enseñarte el código de circulación! Si quieres, claro.

– ¡Ja ja ja! Sería interesante... ¿Y cómo lo harías si se puede saber, Noa?

–Poniéndote a prueba. Yo te daré las herramientas para redescubrirte, pero tú serás el que deba encontrar el camino.

–Soy todo oídos. –Le dije mientras mi nivel de atención iba en aumento.

– ¿Tienes en tu casa los “Diálogos de Platón”?

–Es muy probable, mi Padre tiene todo tipo de libros de filosofía –Contesté.

–Entonces, busca la historia de la Atlántida entre sus párrafos, y cuando leas este relato, te daré permiso para que me invites a una copa.

– ¡Sí! Perfecto, eso haré –Le dije rebosante de entusiasmo y alegría. La verdad, es que si me lo hubiese pedido un amigo, no lo leería. Pero, con esa forma de hablar... esa tentadora boca... y esa inspiradora voz... era imposible no caer en el hechizo. Deseaba empezar a leer los diálogos de Platón bajo su doctrina.

–Un último detalle Germán –Añadió–. No lo leas con los ojos de los prejuicios, tienes que leerlo con la parte más profunda de tu alma.

–Sí, sí... Lo intentaré...

Noa se despidió de mí con una cálida sonrisa ¡Fue fabuloso! ¿Quién me iba a decir que aquel domingo iba a cruzarme con Noa a kilómetros de nuestra vecindad?

Volviendo para casa en el tren, no dejaba de darle vueltas a cómo podía ser posible, que en tan poco tiempo, mis días grises se estuviesen tornando en coloridos. ¿Eran simples coincidencias? ¿O me encontraba dentro de una especie de espiral, donde su flujo, me estaba llevando a oportunidades que antes no veía?

Empecé, no obstante, a sentirme vivo, dinámico, ágil, evolucionando de mi “yo antiguo”. Dejando florecer en mí, ciertas sensaciones que olvidé por completo: excitación, alegría, incertidumbre... Era un nuevo Fénix, un nuevo Germán, y me sentía capaz de lograr cualquier cosa. Me encontraba tan lleno de energía que subía las escaleras del metro de tres en tres peldaños para el asombro de los viandantes, que me debieron tomar por loco. Todo me daba igual, me sentía el protagonista de la historia, y me podía permitir el lujo de silbar, sonreír, espantar palomas, caminar por los bordillos y bailar frente al espejo de mi ascensor, dedicando a mi reflejo un rostro que ya no recordaba.

–Esto debe ser Amor –Pensé.





#### **4. El Gran Cambio**

Me hice un té rojo, encendí un palito de incienso, unas velas y el flexo, abrí la ventana, corrí las cortinas, puse música relajante y desempolvé de la biblioteca de mi Padre los diálogos de Platón. Observé que el reloj digital del video estaba parpadeando, debió haberse ido la luz por la mañana; me oriente con mi reloj de pulsera que marcaba las cuatro de la tarde.

Me tumbé en el sofá con el libro y encontré en sus páginas la descripción de la Atlántida, extensísima, donde un párrafo me cautivo especialmente pues hablaba del carácter de los Atlantes:

*>>“... Durante muchas generaciones, mientras la naturaleza del Dios era suficientemente fuerte, obedecían las leyes y estaban bien dispuestas hacia lo divino emparentado con ellos. Poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido, ya que aplicaban la suavidad junto con la prudencia a los avatares que siempre ocurren y unos a otros, por lo que excepto la virtud, despreciaban todo lo demás, tenían en poco las circunstancias presentes y soportaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro y de las otras posiciones. No se equivocaban, embriagados por la vida licenciosa, ni perdían el dominio de sí a causa de la riqueza, sino que, sobrios, reconocían con claridad que todas estas cosas crecen de la amistad unida a la virtud común, pero que con la persecución y la honra de los bienes exteriores, estos decaen y se destruye la virtud con ellos. Sobre la base de tal razonamiento y mientras permanecía la naturaleza divina, prosperaron todos sus bienes, que describimos antes. Más cuando se agotó en ellos la parte divina porque se había mezclado muchas veces con muchos mortales y predominó el carácter humano, ya no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron, y al que los podía observar les parecían desvergonzados, ya que habían destruido lo más bello de entre lo más valioso, y los que no pudieron observar la vida verdadera*

*respecto de la felicidad, creían entonces que eran los más perfectos y felices, porque estaban llenos de injusta soberbia y de poder.”<<*

No podía dejar de ver cierto paralelismo entre la sociedad de la legendaria Atlántida, con la sociedad prepotente y perversa de los países desarrollados. Esa soberbia, esa ambición, ese autoengaño constante que nos hace pensar que progresamos, cuando en verdad lo que estamos es desequilibrando una balanza, una balanza de la cual depende nuestra existencia en este planeta.

Iba comprendiendo el motivo por el que Noa me sugirió que leyese este pasaje, y es que seguramente, esta chica iba a ser mi llave hacia una puerta llamada “Cambio”.

Se hizo de noche y volví a poner las Noticias mientras pre-paraba una pizza, pues no era buen cocinero, y mi madre murió antes de que pudiese haber aprendido algo de ella. Mi padre, no obstante, sólo aparecía por casa entre expedición y expedición, siempre obsesionado con las excavaciones y su trabajo.

Me senté en el sofá y en todas las cadenas televisivas hablaban de lo mismo, debía de ser el único en todo el planeta que no estaba al tanto de los acontecimientos. Volvían a hablar de satélites meteorológicos estrellados, pero a esto se le sumaba, un cese súbito de ciertas cadenas y emisoras de radio, además de un mal funcionamiento de móviles, GPS y cualquier aparato que dependiese de ondas. La NASA sólo apareció para declarar que posiblemente fuesen fallos eléctricos y que la prioridad ahora era que todo volviese a la normalidad, y restablecer las emisiones de los aparatos dañados o perdidos. Efectivamente, había cadenas locales que no emitían señal. Estaban pasando cosas un tanto extrañas, y de escala Mundial.

Apagué la televisión saturado y me tumbé en el sofá. Reanudé mi lectura de los Diálogos de Platón, pero mi capacidad de asimilación había mermado, no dejaba de dispersarme con otros pensamientos. No podía quitarme de la cabeza a Noa y al viejo vagabundo que

punteó, con sus rudas manos, aquella surrealista canción. Tenía que leer una y otra vez cada párrafo, pues aunque mis ojos estuviesen leyendo y avanzando por las líneas del texto, mi mente aún permanecía inamovible en mis últimos sucesos.

Empecé a idolatrar a Noa, a vagar por una fantasía donde la imaginaba paseando inocentemente, descalza, en nuestra propia casa de madera en el campo, y yo como un devoto, admirando cada gesto corporal suyo, cada intención, cada suspiro, cada giro de su atención y cada pensamiento que delataba su mirada. Deseaba vivir un paréntesis, una historia paralela, un cuento ideal donde los problemas, las responsabilidades, los relojes y el tiempo dejaran de existir. Y sí, puede que estuviese impregnado de subjetividad, comportándome como un iluso irresponsable y todo fuese demasiado utópico para lo poco que la conocía, pero esa chica suponía para mí un nuevo objetivo, una nueva excusa para imprimir movimiento en mi vida. No había un motivo, ni una fecha para mover la siguiente pieza; mi padre decía que no importaba el “porqué”, no importaba el “cuándo”, ni el “cómo”, ni el “dónde”, ni el “quién”, lo único que realmente importaba era el “qué”. Y mi “qué” era energía... ¿Qué hacía? Empezar a amar... ¿Lo demás? era secundario.

Hambriento de inspiración cogí mi mp3, me puse música y decidí asomarme por la terraza para ver Madrid: Las emblemáticas e inclinadas torres kio, el majestuoso rascacielos de Madrid, la blanquísima torre Picasso y las titánicas cuatro torres de la Business area, escoltadas por miles de luces naranjas provenientes de las carreteras. Me sentía completamente embriagado por esta sinergia entre las luces y la música, era un momento épico, transcendental, donde me veía ensalzado desde mi sexto piso, sintiéndome único e incomprendido, minúsculo frente a los edificios, pero gigante si me enfocaba como un ser espiritual, ligero. Volaba, sentía, fluía, percibía, sonreía y abría todas las puertas de mi conciencia, para que mis emociones viajaran hasta el centro de mí y dictasen que hacer en cada momento; era como sentirse Dios, una especie de Nirvana,

una especie de conexión con el Todo, un momento de chorreante e imparable inspiración divina.

En mitad de ese éxtasis creativo mi mp3 dejó de sonar súbitamente, sólo quedó el silencio. Acto seguido empezaron a oírse explosiones por todos lados, algunas precedidas de fulgurantes llamaradas, que hacían retumbar los cristales del bloque. Parecían bombas, era como encontrarse en mitad de un campo de batalla, no comprendía que pasaba. Las explosiones provenían de la zona céntrica de Madrid, a los pocos minutos casi todos los vecinos estaban asomados por las ventanas buscando una explicación a dicho estruendo. De repente, todos pudimos ver como una gran porción de la zona Este de Madrid se quedó literalmente sin luz, momento en el que los vecinos acongojados empezaron a especular sobre lo que estaba ocurriendo.

–Esto tiene pinta de ser un atentado... –Decía mi vecino de al lado asomándose por la ventana.

–De atentado nada... no dejan de sonar explosiones por todos lados, además ¿Qué tipo de atentado deja a media ciudad sin luz? - Argumentó mi vecino de arriba.

–No es para tanto, deben ser fallos eléctricos y punto – Contestaba otro.

No pasó ni un minuto, cuando una reacción en cadena como si de una hilera de fichas de dominó se tratase sumergió a Madrid, zona por zona, en la más tétrica y absoluta oscuridad, llegando este apagón a nuestro barrio en pocos segundos.

Sólo algunas luces aisladas parecían haber sobrevivido a este impresionante apagón, todo lo demás era oscuridad e histeria. Se podían oír los primeros llantos de desesperación, bebés llorar, gente desorientada que decidía bajar a la calle y muchos comentarios catastrofistas que surgían de la penumbra... Pocos se mantuvieron en calma.

El cielo se tiñó de una difuminada luz turquesa, muy brillante, una nube de gas ondulante y fluorescente que se esparcía por el cielo; era la aurora boreal, un gran festival de colores y formas. El

tenue color turquesa se tornó en azul claro, y este azul se fundía con otros azules más intensos, pasando finalmente por toda una gama de morados y granates, era un espectáculo fascinante.

Tras esta cromática hipnosis provocada por este fenómeno meteorológico opté por coger una linterna para revisar los plomos, cuando para mi sorpresa, la linterna tampoco funcionaba. Intenté iluminar mi reloj y tampoco reaccionaba... Llegué a la conclusión de que no sólo se trataba de un simple apagón de luz, era una especie de apagón electrónico de dimensiones importantes. Bajé a la casa de Noa pero no parecía haber nadie. No sabía qué hacer, mas tampoco había nada que hacer: no había medios de comunicación que nos informasen de lo que estaba ocurriendo, no había un plan que seguir y realmente, al menos en nuestro barrio ninguna vida que proteger, pues las explosiones sonaban en la lejanía. Lo único que se podía hacer era serenarse, sacar las velas del fondo del cajón, encenderlas y ser paciente.



*Fin del Primer Episodio*





